

## ESTAMPA DE GUERRA

## Aquellas milicias de Julio

Cuando desfilan las nuevas Brigadas—esas potentes Unidades que integran el nuevo Ejército Español—¡qué orgullo y qué íntima confianza sienten los ciudadanos que las contemplan! Marciales, airosos, con el corazón henchido de fervor, con sus cascos de acero refulgentes y sus fusiles modernos, caminan hacia los frentes para oponer sus pechos de bronce al enemigo invasor. ¡Cuántas veces se oye decir: «La razón de nuestra Causa, defendida por estas tropas, perfectamente disciplinadas y seriamente armadas, triunfará!» Pasan los soldados marcando el paso fuerte y rítmicamente. Son los soldados del pueblo, conscientes de su alta misión de defensores de la independencia nacional, con jefes capaces y de plena solvencia antifascista; son los nuevos soldados de la República, los paladines de la libertad, los adalides del triunfo. Parece increíble que en unos meses se haya forjado una organización tan vasta y tan fuerte.

Pero... Volvamos la vista atrás. Situemos nuestra mente en aquellos estivales días en que comenzó la insurrección. Recordemos aquellas milicias multiformes, desorganizadas, pero con uniformidad en el pensamiento. ¡Qué pequeñas, qué mezquinas resultan las milicias de entonces comparadas con los soldados de hoy! Y sin embargo, aquellas milicias desconcertadas, aquellos bravos patriotas que se lanzaron a las calles y a los campos—entonces no había trincheras, ni alambradas, ni fortificaciones de ninguna índole—, sin más armas que una voluntad férrea y la sangre rediviva de los héroes de 1808, sin mandos de ninguna clase, sin un plan bélico trazado de antemano, sin nada de lo mucho que se precisa para contender con fuerzas regulares; aquellas milicias desharrapadas y casi inermes supieron oponer al avance de los traidores a su patria y a sus juramentos el dique infranqueable de su entusiasmo y de su arrojo. ¡Aquellos milicianos—primeros nombres de nuestro Martirologio—que supieron morir, con una mueca de rabia y con el puño en alto como una amenaza, frente a los muros del Cuartel de la Montaña o a la sombra apacible de un pino antañón en las vertientes del Guadarrama...! Ellos salvaron la República, ellos impidieron que España se viera gobernada por el más negro y más ominoso de los regímenes.

Los soldados de las nuevas Brigadas seguirán escribiendo la gesta valiente de nuestra independencia y otros nombres—quizá muchos todavía—engrosarán la ya larga lista de los mártires. Pero, sin que esto sea desdeñar el esfuerzo y el heroísmo de las tropas de las nuevas Brigadas, no habrá ningún sacrificio tan loable, tan valioso y tan augusto como el de aquellas aguerridas milicias de julio. Alentemos con nuestro aplauso—que bien se lo merecen—y auxiliemos con una labor eficaz—que también la necesitan—a las nuevas Unidades de guerra; pero levantemos en lo más recóndito de nuestra alma un monumento de admiración—hoguera de inextinguible llama—a aquellos primitivos soldados de la Causa popular, muchos de los cuales murieron en las nevadas cumbres de la Sierra o en los campos ubérrimos y ardientes de Andalucía.

## LOS REPUBLICANOS

## Nuestros postulados

¡LIBERTAD! Amamos, de corazón, en primer término, La Libertad bien entendida. La proclamada como el primero de los Derechos del Ciudadano. La Libertad, que consiste en hacer todo aquello que no perjudique a los demás, porque nuestra Libertad acaba donde empieza la ajena. Con nuestra Libertad ni tememos, ni ofendemos.

¡IGUALDAD! Todos los nacidos, Iguales, ante la razón, la Ley y la Justicia. Todos iguales en Derechos que ejercer y Debemos que cumplir.

¡FRATERNIDAD! Todos, inspirando nuestros actos en la Fraternidad entre los humanos. Todos, en el Mundo viviendo, siempre, como Hermanos. No hagas daño a los demás por la misma razón que no quieras que los demás te lo hagan a tí.

¡Viva la Fraternidad Universal!

Así somos los Republicanos Españoles leales.

*Si ante el enemigo común, el fascismo, no somos capaces de una acción conjunta, exenta de egoismos e insensateces... ¿con qué derecho reclamamos al Ejército Popular derrame su sangre por nuestra libertad y nuestra independencia?*

*La victoria hay que merecerla. Y no se tiene derecho a ella cuando se estorba su consecución con actuaciones ineficaces.*

*¿Cuando vamos a convencernos de que la obediencia al Gobierno es el único camino para el triunfo? ¿Pero a los nueve meses y medio de guerra todavía hay locos que ignoran que sin derrotar al fascismo son baldíos todos los ensayos revolucionarios?*

## La voz del Frente

## ¡Por encima de todos, Unidad!

Al estallar el movimiento fascista hubo camaradas que haciéndose vanas ilusiones pretendían arrasar todo lo que había puesto en pie.

Hubo que hacer comprender que transformar para nosotros no es aniquilar. Por inservibles y nocivos tuvimos que reducir a polvo o a la nada multitud de elementos de la antigua y lla caduca organización.

Lo que no podemos destruir lo que no podemos aniquilar es la sociedad humana, la mutua ayuda que imprescindiblemente nos debemos unos a otros. El hombre aislado, el hombre completamente solo, sin el auxilio de los suyos, podría ser tal vez el ser más desgraciado de la naturaleza incapaz no solo de producir, no solo de progresar sino de subsistir.

Hoy más que ayer bien sabemos los trabajadores el valor de la unión. Los que estamos en los parapetos lo sabemos aun mejor que los de la retaguardia.

La estrecha compenetración de voluntades y la mutua coincidencia de pensamientos e ideas, durante los meses que llevamos de guerra, nos ha dado conciencia de lo que podemos ser y de lo que somos capaces de hacer.

Por eso cuando a mí llegan noticias de Valdepeñas de ciertas cosas que ocurren entre los camaradas procedentes de distinto campo sindical me resisto a creer que haya en las organizaciones ningún suicida que busque la más leve discordia en estos históricos momentos en que necesitamos todo el esfuerzo posible para aplastar al monstruo cuyas garras tratan de arrebatarnos el pan y nuestro suelo y cuyas fauces aunán devorar nuestras carnes y nuestros ideales.

Cierto, que el problema de la guerra lo hemos de terminar de resolver con las armas en la mano. Pero no es menos cierto que en los días de paz se nos plantearan problemas de gran envergadura que será preciso resolverlos sin el tableteo de ametralladoras ni humo de pólvora.

Urge pues que de una manera imperiosa nazca en fraternidad que empiece a acostumbrarnos a tener desde ahora mismo una clara visión de la organización futura a formarnos un concepto elevado de la solidaridad de todos los trabajadores.

Nadie puede ignorar que esa estrecha compenetración de voluntades que señalaba anteriormente se puso en práctica a raíz del movimiento y dió como resultado fructuoso un Frente Popular fuerte y robusto que nos gobierne. Gracias a él podemos decir sin temor a equívocos que ganaremos la guerra.

—¿Acaso por esto se ha cumplido en el deber?—

Dentro de ese Frente Popular que a todos nos une existen discrepancias de gran potencia, existen asperezas que es preciso limarlas y que nos será más fácil si desde hoy nace esa fraternidad y sobre ella todos sabemos conducirnos.

A los antifascistas nos une fuertemente en estos momentos el odio a muerte que de veras sentimos a los viles traidores que se alzaron contra el pueblo; pero otro vínculo no menos fuerte y más noble en su origen y en su fin de asegurar la firmeza de nuestra unión el nacimiento de esa verdadera fraternidad. Este vínculo no puede ser otro que la identificación de todos en la virtud social: el trabajo.